

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI.—NUMERO 9

## SUMARIO:—

I *Esperanzas y desencantos*, por J. Samuel Ortiz.—II *Romance* [poesía], por Salvador Diaz.—III *Olimpica*, por Manuel S. Lopez.—IV *Albums* (poesías), por Doroteo Fonseca.—V *Lucida*, por Sixto Morales.—VI *Madridgal* [poesía], por J. Antonio Solórzano.—VII *Del natural*, por Griseldo Azul.—VIII *En el album de Lucinda* [poesía], por L. del Valle.—IX *Amor y Psiquis*, por Belarmino U. Suárez.—X *Invernal* (poesía), por Carlos G. Amézaga.—XI *Patina Mística*, por Luis Lagos y Lagos.—XII *Mi nuera* (poesía), por Margarita de Mortain.—XIII *Pedro Pablo Figuerera*, por Mercedes Cabello de Carbonera.—XIV Bibliografía.—XV Notas.—XVI Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR. IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Septiembre de 1895.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alberto Masferrer.
1 <sup>er</sup> . Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2 <sup>o</sup> „	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 <sup>er</sup> . Secretario	„ Isaias Gamboa.
2 <sup>o</sup> „	„ Indalecio Zelaya.

## SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Br. D. Eusebio Bracamonte.	Br. D. Juan Gomar.
„ Doroteo Fonseca.	„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.	Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.	

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	Maria Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios O.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	„ Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	„ Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	„ Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	„ Esteban C. Roque.
„	Auselmo Vaidés	Br.	„ Juan J. Laínez.
Dr.	„ Désire Pector.	„	„ Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	„ Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	„ David A. Pavés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	„ Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	„ Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	„ Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	„ Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	„ Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	„ Adolfo Castro.
Dr.	„ Lucio Alvarenga.	Dr.	„ Jesús Díaz de León.
„	„ Nicanor Bolet Peraza.	„	„ Rafael E. Cháves.
„	„ Celso Briones.	„	„ Ezio Monjardino.
„	„ Domingo Martínez Luján	„	„ Leonidas Pallares Arteta.
„	„ José Joaquín Palma.	„	„ Ismael Enrique Arciniegas.
„	„ Sixto Morales	„	„ Carlos Fernández Shaw.
„	„ Nazario Salaverría.	Dr.	„ Francisco Cárdenas Rodríguez
„	„ Próspero Calderón.	„	„ Vicente Linares.
		„	„ J. S. Chocano.
		„	„ Ricardo Palma.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Eusebio Bracamonte,

Victor Jerez,

Dorotheo Fonseca.

TOMO VI. |

San Salvador, septiembre de 1895.

| NUM. 9.

## ESPERANZAS Y DESENGAÑOS.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Desde el principio de los tiempos, en su insaciable afán de buscar la verdad, ha perseguido el hombre el enigma, lo desconocido, lo que estaba oculto tras el velo misterioso en el templo de la divinidad. Mientras haya algo que no sea sometido á su potencia analítica y que no esté comprendido en la esfera de sus conocimientos, existirá la palabra *imposible* como un reto vergonzoso, como una desesperante esfinge que se burla de los sabios.

Se llegó á creer en una ciencia de lo porvenir, que no reconocería vallas: hay todavía quien alimenta esa ilusión. El carro del progreso no ha podido salvar todos los obstáculos, y quizá no llegará nunca el día en que pueda, libre y sin trabas, lanzarse por las regiones del espacio; llevando como divisa aquellas arrogantes palabras: todo me pertenece! Pero el catálogo rigurosamente razonado de todos los problemas planteados hasta la fecha, aun está por hacer, y con razón tememos que no se hará nunca, y aun restan muchos cuyo enunciado también nos es desconocido.

Muchos de nuestros antepasados tenían una fe inquebrantable en las ulteriores conquistas de la hu-

manidad. A los laureles conquistados por el siglo de los más brillantes descubrimientos, nada tan halagüeño para el orgullo del *homo sapiens* como grabar en la cúspide del edificio del saber humano la divisa de su victoria: el imposible no existe.

¿No se esperaba que la ciencia llegaría á revelarnos nuestro origen, nuestros principios en el orden moral y nuestros destinos? ¿No se repitió por muchas bocas que, cuando la ciencia hubiera avanzado más y el rey de la creación se hubiera dado cuenta exacta de sus dominios, todo tendría una fórmula, como un problema algebraico de fácil solución? La mecánica ofreció venir en apoyo de los desgraciados, que transmitían á las máquinas la fuerza que emanaba de los orígenes mismos de la vida: un poco de vapor de agua ó de fluido eléctrico, y el hombre dejaba de hacer el papel de una máquina. Sin embargo, el inventor del telar mecánico sintió correr lágrimas muy amargas en su corazón, al oír las maldiciones de las madres obreras, cuyos hijos habían quedado sin pan; porque el bienestar fue para los opulentos, que aumentaron sus ganancias, teniendo una economía de brazos, mientras el número de los desgraciados au-

mentaba de un modo cruel y lastimoso.

¿Se es más feliz ahora que en aquellos tiempos en que un toseco arado movido por el tardo buey, hendía las entrañas de la tierra? ¿Cuando el mayor perfeccionamiento haya hecho inútil el empleo de los brazos y muy pocos basten para dirigir el mecanismo de los motores perfeccionados, comerán los demás gratuitamente? Qué triste debe ser la condición del obrero que tiene brazos robustos, pero no halla trabajo en qué emplearlos, para llevar el sustentento á su hogar, lleno de niños que tienen hambre. Si se inventara algo que diera trabajo á todos los que están desocupados, el socialismo no tendría razón de ser. Pero, mientras las cosas sigan como están, el pauperismo levantará su repugnante cabeza, y una sonrisa, salida de los antros de la miseria, acojerá como una burla cruel la afirmación de que todos son felices, cuando son muy pocos los favorecidos de la fortuna.

Se nos dirá que exageramos, que somos de aquellos pesimistas que todo lo ven con colores sombríos; que somos enemigos de los triunfos innegables de la civilización. Quien tal afirme, no se ha hecho cargo de nuestro pensamiento. Lo que queremos es dar á comprender que no exijamos á la ciencia lo que no puede darnos. Los que por fundar un sistema original, sin preocuparse de las consecuencias que los discípulos sacan de las premisas sentadas por sus maestros, engañaron á la juventud, reos son de gran delito y merecen el anatema universal. La permisión absoluta de enseñar doctrinas peligrosas, de dar á los vientos de la publicidad teorías atrevidas, pero que socavaban el edificio que sustentaba la sociedad, ha tenido consecuencias funestas. El comunismo tiene un

defensor en Proudhome, y los asesinos podrán invocar aquella doctrina de los criminalistas que enseñan que todo crimen es una neurosis, un desequilibrio en el organismo, y que á tales desgraciados no hay que castigarlos, sino someterles á un tratamiento médico conveniente.

La suma de los felices no aumentará siempre con el número de los sabios. Por más que se diga lo contrario, el estudio engendra la ambición, siquiera sea noble: no se conoce fácilmente un bien sin desear poseerle; se necesita un fondo de moralidad muy escogido para conformarse con una vida oscura, después de haber conocido todos los encantos y fascinaciones que encierra el conocimiento de todo el tesoro de conquistas de la humanidad.

La literatura, en vez de ser un bálsamo consolador para los desgraciados, una fuente de consuelos celestiales, ha venido á envenenar sus heridas. La licencia procaz, tenida por algunos como uno de los recursos del arte; la pintura palpitante de situaciones peligrosas en que la pasión puede más que el frío raciocinio; el suicidio, empleado en el arte como solución única de situaciones determinadas; la pintura de cuadros repugnantes, por más que sean naturales; han causado caídas irreparables, no sólo en las naturalezas ardientes, sino en los que se miraban como reflexivos. Porque pintar la corrupción de nuestras sociedades, la infidelidad conyugal como cosa corriente, el vicio con caracteres simpáticos, la depravación desde el pilluelo callejero hasta el elevado magnate, sin volver una vez siquiera por los intereses de la moral; es cavar aun más profundamente el abismo que separa á esas dos castas de todos los tiempos: los pobres y los ricos, los ahitos y los

hambrientos, los que ríen y los que lloran. El literato, el poeta que ha recibido de lo alto la augusta misión de dar aliento al pobre para que sufra y espere, y, en vez de cumplir con su elevado cargo, recoge los asquerosos harapos del mendigo, para lanzárselos á la cara con una carcajada insultante, es un asesino de lesa género humano, es un salteador de caminos que roba al hombre lo más precioso: el tesoro de sus esperanzas, la lámpara que iluminaba sus tinieblas y que le hacía ver allá á lo lejos una región llena de luz, en que moraba la justicia y no se vendía la impunidad. Ése es un médico que asesina al enfermo que se le encarga que cure, que rompe el apósito que cubría las heridas en vía de cicatrización. ¡Cuántos nombres pudieramos citar de escritores que han sembrado la corrupción, la desvergüenza y hecho brotar la blasfemia de los labios del infeliz que pedía consuelos, un poco de conmiseración y una lágrima amiga que se confundiera con la suya y en la que se reflejara la imágen de la consoladora esperanza.

Si hacemos á un lado las ciencias experimentales y descartamos las innumerables teorías echadas á volar á los cuatro vientos; nosotros, que nos creíamos ricos, nos hallaremos harto miserables. No valía la pena de tanta algazara, para venir á concluir en el tanto por ciento, y saber que el valor de las cosas, que está en alza, ha hecho bajar el valor moral de las acciones, hasta el punto de ser mirados como actos heroicos los que no son otra cosa que el cumplimiento del deber prescrito por la naturaleza: que no otra cosa es ensalzar á aquel que devuelve lo que á otro pertenecía, porque, pudiendo ser ladrón impunemente, no quiso serlo.

El siglo marcha por un tren ex-

preso: no hay tiempo para examinar la ley de las monedas que circulan como buenas. Si recurriéramos á un análisis riguroso, qué de monedas falsas encontraríamos á cada momento, en las que el oro falta por completo, reemplazado por el cobre, el níquel brillante, y con más frecuencia, por el plomo, que ha llegado á ser el metal precioso de nuestros tiempos, fabricándose con él lindos proyectiles, que, impulsados por flúidos poderosísimos, penetran las carnes con una facilidad sorprendente. Nadie dirá que no progresamos: los salvajes se mataban á garrotazos: nosotros tenemos hasta un código para los duelos, que es la razón suprema del que no la tiene. El arte de matar, la ciencia de la muerte, ha llegado á un punto de progreso maravilloso: bien podemos reírnos de nuestros abuelos.

Eduquemos á nuestros hijos en la moral del Sermón de la Montaña; no les ocultemos que se puede muy bien ser muy versado en la ciencia y muy corrompido; separémoslos con cuidado del camino de los falsos sabios, llenos de pedantesco orgullo, que dicen ser sacerdotes de la verdad y queman incienso á su amor propio. Que comprendan que el deleite no lleva á la sabiduría, sino la abnegación, el sacrificio, el desprendimiento de nuestro bien particular. Que sepan leer en la historia de los verdaderos genios los dolores intensos de su vida privada, las espinas que oculta la corona de la gloria. La época presente es rica en falsos sabios: abundan los ignorantes audaces, mercaderes de la ciencia, comerciantes de la verdad y el error, y el vulgo gusta más de ser engañado por el charlatán, que enseñado por el prudente.

No hay una ciencia que envejezca; pero si la hubiera, esa ciencia merecería ser prohibida. Por

más que haya obsecados que afirman lo contrario, no es sabio ni verdadero artista el que descende al fondo de los muladares y moja su pluma en el licor nauseabundo de la inmundicia, queriendo retratar á la sociedad, porque hace la pintura de sí mismo. La verdadera ciencia es hija de Dios, y el verdadero artista es el eslabón que une al hombre con la Divinidad, el que le grita que, si por su cuerpo se parece á las bestias, por su alma, por su corazón, es casi de la naturaleza de los ángeles, descendiente del Verbo por el Verbo.

J. SAMUEL ORTIZ.

San Salvador, 11 de Septbre. de 1895.

## Romance.

A GRISELDO AZUL.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Vagaba solo y sin rumbo  
sin comprender que vagaba;  
sombras bebía la noche  
y sombras bebía mi alma.  
Del torreón invisible  
lanzó su voz la campana. . . .  
Hay horas que no se cuentan  
por siniestras y por largas;  
sería, tal vez, temprano  
puesto que pensé en el alba,  
ó sería ya muy tarde,  
pues oí tres campanadas.  
Me paré por un momento  
sin comprender que paraba;  
volví los ojos al cielo,  
y como visión fantástica,  
vi que hendía el negro espacio  
algo blanco en forma de ala,  
que ensanchándose á mi vista  
tomó formas de una hada,  
tomó formas caprichosas  
y luego oí que graznaba.  
¿Por qué—me dije—las aves

marinas de noche lanzan  
tan horrorosos grazpidos  
en presencia de mi alma?  
Y pensé luego en las cosas  
que tristes cosas presagian,  
y pensé en mi adversa suerte,  
y pensé en mi dulce amada.

Seguí con pasos inciertos  
entre las sombras, la marcha;  
mi corazón presentía  
el contacto de la Parca  
y acogía al propio tiempo  
la dulce voz de Esperanza.  
De repente allá á lo lejos  
brilló espléndida nimbada  
de irradiantes luces rojas  
é irradiantes luces blancas  
que en lo negro parecían  
como ninfas que jugaran  
en el piélago espumoso  
de las cristalinas aguas.  
Sintió el corazón deseos  
de acercarse y abrazarlas  
y como rudo sonámbulo  
salvé grietas, salvé escarpas.

\*

Los objetos ignorados  
me herían y me engañaban:  
ora cual piedras veía  
los pozos henchidos de agua,  
ora semejante á abismo  
la colina retirada,  
y para mayor tormento,  
entre desventura tanta,  
de las nubes desprendíanse  
sierpes de luz que bajaban,  
sierpes de luz que ascendían  
con los hálitos que inflaman,  
con la voz de la tormenta  
ó el grito de la montaña,  
y que en sus giros ligeros,  
parecía que buscaban  
este mi cuerpo abatido  
donde se agita esta alma. . . .  
¿Por qué—me dije—las nubes  
tan horribles me amenazan?  
Y pensé luego en las cosas

que tristes cosas presagian,  
y pensé en mi adversa suerte  
y pensé en mi dulce amada.

Cesaron rayos y truenos,  
cesó el viento, cesó el agua  
y al ocultarse las ninfas,  
irguió su cuerpo un fantasma  
con vestidura de sombra,  
de faz triste y frente pálida.  
Ciego de dolor y espanto  
no observé que se acercara,  
pero al momento la tuve  
cerca de mí.....

—¡Oh! esperanza,  
¡oh consuelo de mi vida,  
exclamé—cómo el fantasma,  
cómo la sombra siniestra,  
pudo ser mi dulce amada?  
Y ella graciosa y sonriente,  
repuso:—“Desde tu infancia  
quiso Dios que fueras mío,  
mas sin unir nuestras almas  
hasta ahora. Me conoces  
con el nombre de una planta.  
—Me dirás tu propio nombre?  
Dime ya ¿cómo te llamas?  
“Dame un abrazo”—me dijo,  
y al oído: “soy *Desgracia*.”

S. DÍAZ.

Septiembre.—1895.

## OLIMPICA.

(EN EL ÁLBUM DE LASTENIA)

(Para “La Juventud Salvadoreña.”)

Escribir en tu álbum, como grabar en dorado bronce, una semblanza, un pensamiento de luz, que viva en tu memoria en el tiempo y en el espacio, bien lo sabes, amiga del alma, que no fue dado para mí. Tu olímpica figura, tu candor de vírgen, tu seducción admirable, te hacen muy digna de un poema de amor.

Yo he visto en mis ensueños imágenes de seres impalpables, ala-

dos, divinos, pero como la tuya, nevado lirio, jamás..... Si supieras el amor que me inspiran la modestia y la pureza! ellas hacen volar mi pobre fantasía á regiones vaporosas, aéreas, allá donde sólo moran las vírgenes, las princesas, las adorables princesas del azul palacio.....; y tú que eres bella porque eres angel, vírgen, mujer, con razón has formado para tu amigo un culto; por eso te admiro, y hoy me pareces como engarzada en el seno de una aurora.

Sí; eres divinidad, eres imagen de mis ensueños, vagar te miro por los espacios de las celestes armonías; por eso en vano fatigo mi pensamiento y no te puedo alcanzar.— Si supieras, amiga del alma, cuánto desespero, cuánto deliro por esos seres! Cuando vienen á mi mente en noches de ilusiones, me siento acariciado por sus ternezas, siento algo así como soplo de aura, algo así como aliento de vírgen: es el beso esmaltado de sus alas. Sus miradas, si tienen ojos tan negros como los tuyos, me hechizan, me enloquecen, y llenos de místico embeleso, sólo me hacen padecer. Yo sé que tienen un dios que preside sus consejos, que Apolo les canta y les regala muchas quejas de su cítara divina; y sé también que tienen un bello diocesito que las embriaga con sus copas de ambrosía.

Buena mansión ha de ser aquella que tú habitas; y aunque no soy espíritu alado, ni quiero profanar tu inmenso trono de luz, si sueñas como yo sueño, llévame al Olimpo, destíname un lugarcito, si quieres muy escondido, que sólo lo sepas tú, allá en tu azul palacio; déjame oír notas de la cítara de Apolo, y dame á beber, quiero embriagarme con la ambrosía de tu copa angel, vírgen, mujer.

MANUEL S. LÓPEZ.

Tegucigalpa.—3 de Stbre.—1895.

# ALBUMS.



## I

### A LOLITA.

(EN SU ORFANDAD.)

Es la Amistad un lazo permanente que uniendo á dos sinceros corazones, hace que se trasmitan mutuamente ya sus placeres, ya sus aficciones.

Por eso yo, que ayer celebré ufano la ventura de que eras poseedora, hoy te ayudo á sentir, cual un hermano, el luctuoso pesar que te devora.

## II

### A LUCITA.

Luz! Ay de aquél que solitario vaga de la tristeza entre el glacial capuz, sin que la maga de la dicha le haga gozar el bien de la anhelada luz!

## III

### A CARLOTA.

Aunque á través del tiempo y la distancia muera en tu mente la memoria mía, guárda esta flor que en prenda de constancia mi sincerísima amistad te envía.

Es débil eco de una lira rota, errátil hoja de pueril bedelio: es . . . cuanto puédetes ofrecer, Carlota, tu cariñoso trovador,

*Sabelio.*

San Salvador.

# LUCILA

A MI QUERIDO AMIGO

DOROTEO FONSECA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Lucila se bañaba en la onda azul del manantial, cuando la vieron mis ojos y la sonrei por primera vez.

¡Qué hermosa estaba con su frente de tez de jazmín, con su cuello de nieve, con sus ojos cerúleos como las turquesas, con la madeja de oro de su sedoso cabello! ¡Qué hermosa estaba!

Yo la creía algo así como un sér divino, como una virgen fijida por los sueños orientales y sentía qué gratas emociones al tibio reflejo de los impalpables hilos de luz de sus pupilas húmedas y brillantes. Semejaba al tierno capullo sobre la haz del agua trasparente, y, nadando, rompía el límpido cristal con su mórbido y torneado brazo. La onda se arrobaba, se arqueaba, se estremecía de contento al liviano peso del aéreo cuerpo de Lucila.

En el baño no estaba sola: flores de perfume ambarino, perlas desprendidas del manto celeste, niñas hermanas suyas, por la belleza y por la ternura columbina, le hacían compañía. Todas jugaban salpicando los líquidos diamantes del manantial y todas me parecían un copo de espuma de purísima blancura.

Cada mirada de Lucila sondeaba mi corazón, y cada mirada mía á Lucila, rutilaba con los cambiantes del cariño del alma.

¡Qué día tan bello, para mí, el día en que la niña de cuello de nieve y de ojos cerúleos como las turquesas, se bañaba en la onda azul del manantial y la vieron mis ojos



y la sonreí por primera vez! ¡Qué hermoso día!

\*\*\*  
Una tarde á la hora del crepúsculo, cuando recaman el azur los celajes de topacio y de escarlata, cuando modulan las aves sus variados ritornelos antes de buscar el nido en el ramaje, está Lucila en la ventana de su casa, acariciando la aterciopelada madreSelva con los corales de sus frescos y húmedos labios incitantes al beso. Yo la miro de lejos, pero aun puedo notar los sonrosados oyuelos de sus mejillas de nácar, la graciosa mueca de sus sonrisas inefables y el arco descrito por su seno turjente y su cintura júncea.

El pausado viento de la tarde, sobre sus alas de tul, lleva el rumor apacible de un beso; es que nuestras miradas se han encontrado en el espacio y nuestros corazones se han estremecido al tenaz martilleo de la simpatía.

Ya se hunde el sol en el ocaso; ya titilan las estrellas en la altura; ya la noche esparce por la inmensidad la maravillosa cauda de sus sombras.

¡Qué hermosa tarde, la tarde en que Lucila acariciaba la aterciopelada madreSelva con los corales de sus frescos y húmedos labios incitantes al beso! ¡Qué hermosa tarde!

\*\*\*

Alborea.

Es el luminar del día.

El oriente se sonroja y derrama su rosicler en la esmeralda del campo.

El jilguero abandona el nido caliente y entona la canción matutina, para ajitar, batir sus alas tornasoles y picar en la espiga áurea.

Lucila ha despertado con el alba y paseándose en el jardín, aspira el regalado aroma de las moradas violetas, de los lirios turquí y de las rosas gualdas, mecidas,

engreídas por los mimos del cefirillo juguetón y gárrulo.

Un rayo de luz de sol, rubio y tenue, ha rasgado la gasa de las nieblas opalinas y, medroso, ha venido á iluminar con su polvo brillante el rostro de la encantadora Lucila.

Sus pupilas relampaguean en las lágrimas del éter que balancean las hojas mirtáceas y del fondo de su alma enternecida, apasionada, despréndense effuvios de ensueños embriagadores y purpúreos.

Estamos juntos. Mi frente inclinada sobre su pecho palpitante; yo en ella, y ella en mí; sin más testigos que la mirada de Dios que abarca el infinito; y trémulos y jadeantes y unidos por el éxtasis del deleite.

Piensa la niña, piensa y medita, pero su pensamiento parece que buscara algo ignoto en el tejido de sus ideas. Sus miradas errabundas, abstraídas de la contemplación, pasean indiferentes por el mundo externo, sin duda, porque se han internado en los laberintosos y enmarañados mundos del espíritu.

La llaman .....

El eco dulce de su nombre ha llegado á mi oído como acorde de cítara. Nos despedimos: turbada ella; yo pensativo.

¡Qué hermoso luminar el del día aquel en que Lucila aspiró el regalado aroma de las moradas violetas, de los lirios turquí y de las rosas gualdas! ¡Qué hermoso luminar!

\*\*\*

La luna, como bruñida lámina de plata, se columpia magestuosa por la concavidad de la bóveda zafirina, y con su luz de ópalo, en sorda y abundosa cascada inunda la cenicienta superficie de la tierra.

Han pasado dos meses de ausencia, de amarga ausencia, sin que

haya podido ver á mi dulce amada.

La casa de Lucila, donde he clavado tantas indagadoras miradas con la porfía del amor y con la excitación del anhelo, está saturada de perfume, resplandeciente de luz.

¿Se celebra algún fausto acontecimiento? ¿Qué sucede? No lo sé. Mi ansiedad crece y mi calenturienta imaginación fragua conjeturas y más conjeturas sin atinar á nada.

De repente el agudo sonido del timbre, herido al resbalar la reja sobre sus ranuras, suspende mis cavilaciones. Soy expectador de una escena incomprensible para mí:—el desfile de algunas elegantes parejas, y Lucila, mi encantadora, apoyada en el brazo de un hombre de cabello nevado por el invierno de la vida.

¿Qué puede ser? Aun no lo sé.

La comitiva avanza, pero dejo que lleve la delantera y yo hago el mismo camino.

Un amigo de infancia, uno de tantos compañeros en el banco de la escuela, me saluda estrechándome la mano, y, sin imaginar los bruscos sacudimientos de mi corazón, me da la nueva del casamiento de Lucila, inmediato á efectuarse. Entonces sentí, primero, un frío glacial que me helaba hasta la médula de los huesos, y después, un calor de fragua que me encendía, achicharrando mis postreras ilusiones. Procuré presentarme sereno á la noticia inesperada, pero un dolor de muerte en el corazón y un suspiro de angustia infinita, delataron mis sufrimientos.

Las campanas de la Vicaría requietean como sacudidas por el entusiasmo, y cuando comenzaba precisamente la solemne ceremonia de la eterna unión, llegué, en compañía de mi amigo, á las puertas de la casa de Dios. Una ola

de gente curiosa impedía el paso; pero con algún esfuerzo nos colocamos frente al altar del *Crucifijo*, donde ya los novios escuchaban las elocuentes palabras de la Escritura, pronunciadas por un hombre de sotana.

Ella, teñido el rostro por el carmín de la vergüenza y con las pupilas como astros de mortecina luz, ocultaba su mano derecha en la mano de él. ¿Quién era él? Un cualquiera, un vulgarote que había conseguido, no sé por qué arte, muchas *libras esterlinas* y sabía utilizarlas en este siglo de morboso y repugnante positivismo.

En un instante notó Lucila que yo la contemplaba, era cuando debía pronunciar ese rotundo juramento cuya fórmula severa es:— ¡Si lo quiero! Sentiría qué fuerte conmoción al influjo de mis miradas de desprecio, porque su voz trémula, nerviosa, apagada, quebró, á manera de quejido, en sus labios.

A poco terminó la ceremonia y Lucila ceñía la corona de la desposada.

Después . . . . . en el tálamo nupcial, sin ilusiones, sin caricias, sin amor, se sintió la perezosa palpitación de la carne vendida.

Se consumó la subasta!

SIXTO MORALES.

Arequipa.—(Perú.)

### MADRIGAL.

Ya que no puedo, como en otros días,  
acudir á las citas amorosas  
al jardín de los lirios y las rosas  
oyeron los coloquios halagüeños  
que cien veces tuvimos, ¡oh mi amada!  
acude, como siempre, enamorada,  
al edén de los mágicos ensueños;

y allí te diré, ya sin sonrojos,  
que verme quiero en tus divinos ojos,  
y que, en momentos para mí sombríos,  
¡ay! falta la hacen á los labios míos  
los dulces besos de tus labios rojos! . . .

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO

## DEL NATURAL

A LA ESCRITORA HONDUREÑA

LUCILA GAMERO MONCADA

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Hacía tiempo que Juan era objeto de atenciones de parte de su prima, la pequeña Julia.

Esta era una morena muy inteligente y de rara candidez.

Ella se esforzaba á cada paso por atraerse las miradas de Juan: en una palabra, lo amaba con el purísimo fuego del primer amor; pero él no correspondía á las ternuras de Julia, y apenas si alguna vez notó las preferencias que su prima le dispensaba, las atribuyó al parentesco que los unía.

La pobre Julia sufría en silencio los desdenes de Juan, y confiaba en que con el tiempo, volvería sobre sus pasos.

Juan era un adolescente de alguna capacidad intelectual, pero el desarrollo de sus facultades era muy lento: en una palabra, un *muchacho sencillo*. Se había enamorado locamente de Luisa, hermana mayor de Julia.

Luisa era de genio alegre, de inteligencia despejada y vivaz; de carácter impetuoso, aunque en extremo agradable.

Juan se limitó al principio á amarla en silencio, á mirarla fijamente y á suspirar delante de ella.

Luisa, por su parte, cediendo quizás á los impulsos de su carác-

ter jovial, pronunciaba el nombre de Juan á presencia de éste, con cierto énfasis, y hasta le dirigía á veces algunas bromas. Esto hizo creer á Juan que ella lo amaba, pero ni por eso se atrevió á declararle su pasión.

\*\*

Juan tuvo que partir á la capital, donde debía comenzar sus estudios. Trascurrió un año, al cabo del cual resolvió escribir á su amada, y le escribió una carta en la cual condensó todo el fuego de su joven alma.

Luisa vio con extrañeza la declaración de Juan, y le contestó de palabras que el cariño que ella le profesaba nunca traspasaría los límites del parentesco; pero Juan, cada vez más enamorado, volvió á escribirle varias veces, y obtuvo siempre la misma respuesta.

\*\*

Un año y medio había pasado cuando regresó Juan á su pueblo natal, donde debía pasar las vacaciones. Volvió á escribir á Luisa una epístola en la cual para inducirla á que lo amara, que "*Dios lo había dispuesto así.*"

.....  
"tú me desprecias, porque amas á otro hombre  
.....

Juan sabía que cierto doctor pretendía á Luisa, y que ésta, fuera porque aquél era *forastero* ó porque era el primer hombre que la había hablado de amor, correspondía á sus galanteos. Se hablaba ya de la próxima boda.

\*\*

Se nos olvidaba advertir que Luisa y Julia habían perdido á su madre estando aún muy niñas, ha-

biendo quedado bajo el cuidado del padre, el señor don Luis, y de unas tías, todos, gente muy cristiana.

Don Luis era en extremo austero, como consecuencia de sus ideas en cuanto al matrimonio: hé aquí una de sus frases favoritas:

*“La que se casa es una desgraciada.”*

Observando esta clase de máximas, colocó á sus hijas, después de haber adquirido algunos conocimientos elementales bajo la dirección de un dómine irreprochable, en un colegio regentado por unas monjas; y cuando hubo de sacarlas, al cabo de cuatro años, se las compuso de modo que el trabajo absorviera toda la atención de las jóvenes, neutralizando ó nulificando, si cabe, los arranques de aquellas naturalezas vigorosas y adolescentes.

Julia, siempre dócil y apacible, se avino fácilmente á este régimen doméstico, mas no así Luisa, quien como ya hemos dicho, era impetuosa y alegre, se rebelaba siempre y lograba sustraerse á la mano de hierro que pugnaba por sujetarla.

Daré una muestra de su carácter:

Una noche, en que una matrona del lugar estaba de visita en casa de don Luis, departiendo con las hermanas de éste, ancianas de ceño adusto hasta más no poder, Luisa dirigió á dicha matrona esta pregunta:

“Dígame, doña Ramona, y para qué se casarán las mujeres?”

—Para tener marido, contestó la buena tía doña Eulalia, anticipándose á la interrogada.

\*\*\*

Juan tuvo que volver á la capital á continuar sus estudios, y había prometido ausentarse por siempre de su pueblo natal, convencido

como estaba de que Luisa no lo amaba ni lo amaría nunca.

\*\*\*

Dos años después se celebraba la boda de Luisa con el doctor Rodríguez, abogado mediocre, y que había llevado una vida de crápula durante sus estudios.

Juan había vuelto á su pueblo tres días antes de este suceso, impelido por circunstancias imprevistas, y como aun era presa del amor infortunado que en mala hora profesara á Luisa, aprovechó la invitación de un amigo para ausentarse del teatro de sus desgracias é ir á llorarlas en el silencio de la soledad.

Habían trascurrido tres días cuando regresó Juan de su excursión, y queriendo ver al tío Luis que había estado indispuerto, fue á él y lo encontró en momentos que se disponía á salir, invitando en consecuencia á Juan á que lo acompañara, pues tenía deseos de visitar á su hija recién casada.

Lo que Juan sufrió entonces, y cuando estrechó la mano de su amada y la de su afortunado rival, no es dable expresarlo á nuestra pobre pluma.

\*\*\*

Juan siguió frecuentando la casa de su tío.

Una vez sorprendió á Julia en momentos en que ésta tenía la mirada fija en él, y al ser observada, sus mejillas se colorearon súbitamente por el rubor.

Habían pasado muchos días, cuando una vez Juan llamó aparte á Julia y le dijo: “He advertido que tú siempre me has prodigado especiales consideraciones, y yo he tratado de corresponder á ellas, pues nunca me he olvidado de tí: siempre que he escrito á mi fami-

lia, les he recomendado encarecidamente te den mis recuerdos"; y le refirió que allá cuando él la picaba de poeta, la había hecho unos versos, los que le enviaría de la capital; demostrándole así, que nunca la había olvidado. En efecto, un día en que Juan, fojeando un almanaque vio el nombre de Julia, á quien ciertamente amaba como hermano, escribió una composición que aunque desprovista de mérito artístico, encerraba un fondo de puro sentimiento.

Julia se mostró muy contenta con esta confidencia, y creció en ella el cariño hacia Juan.

Cuando éste fue á despedirse, ella no pudo ocultar su pesar, el cual se reveló en un tierno y prolongado suspiro.

\*\*\*

Laura, sirvienta de la casa de Julia, que dicho sea de paso, fue en esta vez una especie de *Antonina* (1), se encaminó á casa de Juan con el fin de darle los encargos de la familia para la capital, pero según se supo después, iba de parte de Julia á recibir las confidencias de Juan. Éste no se dio por aludido, se despidió de Laura, y el día siguiente partió acariciando en la mente un mundo de ilusiones

\*\*\*

Julia, aunque de carácter dulce, era sin embargo rencorosa, y no perdonó el descuido de Juan.

Después de dos años, se encaminaba Juan de nuevo á su casa, lleno el pecho de ternura, y ansioso de ver á su adorada Julia, inquietándole solamente el silencio que ésta había guardado durante su ausencia, pues nunca corres-

pondió á las *saludes* que le dirigía en sus cartas. Sin embargo, aun abrigaba esperanzas de reparar su falta.

\*\*\*

Un frío saludo y nada más fue lo que obtuvo Juan la primera vez que fue á visitar á Julia.

\*\*\*

Celebrábase á la sazón en casa de don Luis, la boda de León, sobrino de aquél con la simpática Susana.

La orquesta preludiaba una mazurka, la misma que la espiritual Julia solía ejecutar en el piano con tanta dulzura. . . . . Juan creyó llegado el momento feliz, y ofreciendo el brazo á su adorada, la invitó á bailar; ella no le esquivó el suyo, pero se negó rotundamente á bailar pretextando no saber. . . . .!

Juan abandonó el salón, apuró copa tras copa de licor y se embriagó.

El día siguiente por la mañana, tomando café Juan en casa de Julia, ésta se le acercó y le dirigió palabras llenas de dulzura y arrepentimiento. Juan le contestó secamente.

Más tarde, Juan escribía á Julia en estos términos:

"Y vienes aún á llamar á las puertas de mi pecho?—No sientes que envuelve tu faz una ráfaga siniestra?—¿No se atieren tus miembros al contacto de ese soplo fatal?—¿Acaso escuchas el eco de tu voz?"

Tenaz es tu empeño.

Abierto está el antro pavoroso de mi pecho: asómate:—¿qué ves?—Dices que has visto algo como un cuerpo opaco que oscila al impulso de una ráfaga misteriosa que llega hasta ti estremeciendo tu sér?—Ah! estás espionando mi cora-

(1) Juan Valera.—*Pepita Jiménez*.

zón abatido por el vendabal de tu crueldad. Estás espiando mi corazón consumido por el fuego del amor que encendiste en él.

Vienes á devolverle, con el riego de tus lágrimas, la vida que le quitaste, ó á esparcir con el soplo de tu indiferencia las últimas cenizas de ese corazón desgraciado?

Has llamado tarde.

No bastará tu llanto para animar al corazón inerte.

No podrá el torrente de tus lágrimas ocultar á tus ojos el cadáver que contemplan, ni el soplo de tu crueldad logrará alejar las ténues cenizas que revolotean dentro del antro sombrío.....

Es un templo mi pecho. Aun hay un altar dentro de él: es el mismo que en otro tiempo te erigió mi amor.

Si, arrepentida, no te postras á orar, aléjate, mujer, al instante, no sea que tu impiedad ahuyente al espíritu divino que allí reside, y aterradores fantasmas vengan á profanar su sagrado recinto. Si el recuerdo de un amor funesto ya no conmueve tu alma, arranca con tus propias manos ese corazón frío que está ante tus ojos, arrójalo al abismo de mi desventura. Llena con tu indiferencia ese profundo abismo; sólo así podrás salvar el umbral de mi pecho. Y después .....vén á delirar ¡pobre loca! sobre los escombros del altar que en otro tiempo te erigió mi amor."

\*\*\*

Pocos días después le pareció notar que el doctor Rodríguez, esposo de Luisa, y ésta, favorecían las pretenciones del doctor Moreno hacia Julia, y observó que ésta, en la fiesta de otra boda, bailó varias veces con él, con aplauso de Rodríguez y su esposa.

Juan ardió en celos, su estado era cada día más desesperante.

Conoció á una joven que tenía alguna semejanza con Julia, la enamoró bajo la ficción de que enamoraba á Julia. Conoció después á una rubia ardiente, y también la galanteó, siendo de ambas correspondido, mas sentía un vacío en el alma, sufría horriblemente, y para adormecer su corazón, se entregó á la orgia, caminando rápidamente por la pendiente del vicio.

\*\*\*

Tuvo al fin que abandonar su pueblo, y desde su retiro escribió á Julia lo siguiente:

"Una mirada furtiva y llena de fuego que sorprendí de tus ojos apacibles como el crepúsculo vespertino, me bastó para saber que me amabas con toda tu ternura de ángel; y de entonces tu voz fue para mí el reclamo del ave enamorada.

Yo también te profesaba un amor santo, mezcla de cariño y profunda admiración por tus raras virtudes, pero no había soñado, como tú, que algún día debías unir á la mía tu suerte. Y no podía pensar en ello, porque mi corazón estaba ya desgarrado por inmenso pesar: había sido víctima de un amor desgraciado.....

Mas al sentirme abrasado por el fuego de tus cándidos ojos, creí divisar en mi horizonte una nueva aurora que traía á mi alma el lenitivo de su quebranto. No fue así, por mi desgracia y por su dicha: se disiparon las gratas ilusiones que tu divino sér me sugiriera; y hoy, al evocar el recuerdo de mis dichas fugaces, siento que se abre de nuevo la honda herida que infirióme el desengaño y mana sangre á torrentes: me siento desfallecer, y con las fuerzas que aun me quedan te dedico estas líneas, pálidas en la expresión pero inspiradas por aquel AMOR DIVINO, para que si tus

lánguidos ojos las recorrieren, te convenzas de que mi pecho ardió al beso de tus incomparables miradas. y.....si sufres con este recuerdo triste, consuélete el que supe corresponder á tu pasión; que indiferente no fui con el derroche de tu ternura, puesto que tengo un alma ardiente y en alto grado sensible.

.....Si sufres ¡oh hermosa!, con este recuerdo funesto, consuélete (puesto que el misterio separó nuestras almas), el que acaso el ángel de tu dicha, cubriéndote con tus alas, ocultó mi ventura.

.....Si sufres ¡oh inocente niña!, consuélete el que tu pureza es el ángel de tu dicha, y que no te abandonará.

Yo voy por el mundo, triste y sin esperanza, aparentando calma pero abrumado por el dolor, Déjame gozar con mis lágrimas silenciosas, y dime que gozas con el recuerdo de nuestro casto amor; que así tendré la dicha de haber inmolado mi sér en aras del caro afecto que me consagraste, para pagarte una inmensa deuda de gratitud. Después.....olvidame para siempre....y sé feliz en los brazos del ángel de tu dicha!"

\*\*\*

Y cuando nuevos amores habían marchitado el corazón de Juan, escribió esta otra carta para Julia: (2)

"Hay un arcano en tu alma: es ella el piélago inmenso, tranquilo é insondable del cristalino lago cuyas aguas jamás agitó la tempestad.

En ese lago misterioso bogaba el inocente corazón de quien te amó, en el tenue barquichuelo del *ensueño*.

En medio de la onda tranquila, el bajel, acometido del vértigo del reposo, se deshizo en mil fragmen-

[2] De estas tres cartas ninguna llegó á su destino.

tos, y flotando al contacto de tu alma glacial, perdió el calor que lo animara.

El ensueño, bajel misterioso, hecho á prueba de la tempestad brava, no encontró en el líquido cristal de tu alma pura, la borrasca que ansiaba desafiar, y se rindió á la inacción.

El corazón navegante quería engolfarse en un mar tempestuoso que formidable lo envolviera: nacido para desafiar el torbellino del amor, quedó jadeante y expiró en un elemento mortífero para él.

Vióse en medio de la onda tranquila de tu alma, el náufrago infeliz: nube tenue le formaba un doce; era *el ensueño* que se disipaba al brillo de la aurora funesta de otro amor.

Ahora ya puede probar el nuevo amante si lanzando á navegar su corazón en el piélago tranquilo de tu alma, puede llegar al fantástico puerto de *tu corazón*.

Y entretanto, los despojos del corazón que te amó flotarán en el límpido cristal y...se hundirán, al fin, en el abismo de sus tranquilas ondas."

\*\*\*

Cuando sus amigos, llamándolo *filósofo excéptico* lo acosan á preguntas sobre sus "amores y amorosas desventuras", suele decirles Juan: "El hombre ama una vez con la candidez del niño. Al despertar su alma, ama otra vez con *discernimiento*, pero con verdadero amor. Después ama...por despecho, por capricho, por cálculo.....¿Qué queréis?...arcanos del corazón humano?"

\*\*\*

Y cuando ve que Luisa arrulla á su esposo, piensa Juan: *Luisa me habría amado si yo hubiera sabido cultivar su amor.*

Y una vez que supo que Julia se había enamorado locamente del doctor Moreno, se dijo: *me amaba pero no supe corresponder á su pasión.*

\*\*\*

Luisa está ahora viuda. Su marido falleció á consecuencia de los excesos de su juventud.

Luisa ha sido una esposa ejemplar.

\*

Y Julia.....la morena espiritual, la única mujer que abatió con su cariño y sus rigores el alma soñadora de Juan, desplegó sus alas, tan pura como aquel día en que por vez primera fijó su mirada apasionada y ardiente en el rostro de su amado, y voló á la Eternidad.

Al saber su muerte, escribió Juan en su libro de memorias:

"Varias veces en mis terribles noches de insomnio, te he visto apasionada en brazos de otro amante dichoso, y...he llorado mucho. Ahora que te veo inmaculada en el seno de Dios, lloro, pero me siento feliz, porque sé que ningún mortal me robará tu amor."

GRISELDO AZUL.

### En el Album de Lucita.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Allá en el castillo  
Cuyo pié el Rhin besa,  
Junto á la ventana,

La niña vestida de blanco está trémula.

\*

Las aguas arrastran  
La flor que en el cieno  
Nació, y que es tan blanca

Cuan malo el perfume que oculta por dentro.

Inclinóse al río,  
Presa del deseo,  
La niña imprudente,  
Y cayó en las aguas por la flor del cieno.

Si quieren las niñas  
Poseer el secreto  
De vivir felices,

Que no busquen nunca flores en el suelo.

\*

Si existe la dicha,  
La tenemos dentro:  
La conciencia limpia

Es la flor más blanca, Lucita, del cielo.

L. DEL VALLE.

San Salvador.

### Amor y Psiquis.

Al simpático poeta colombiano Isafas Gamboa.

[Para "La Juventud Salvadoreña"]

Qué dicen las alegóricas páginas de esa leyenda sublime? Cuál es la lección profunda que esos mitológicos personajes murmuran en tu oído?—El amor vive del misterio y de las ilusiones, es poesía y como ella necesita el alimento de la idealidad.

Amamos á la mujer melancólica, porque la melancolía encierra un misterio, lo mismo que nos simpatiza la palidez de una doncella anémica, porque la debilidad prodiga caricias tiernamente voluptuosas.

¡Cuánto conocían el corazón humano los antiguos griegos! Con cuánta perfección nos enseñan la naturaleza del amor en esa bellísima fábula, la más bella de la mitología, que conocemos con el nombre de Amor y Psiquis.

Los personajes no pueden ser



más interesantes: Amor es la personificación del sentimiento humano más elevado, la caricia hecha Dios, la emoción convertida en sér, la maravillosa efervescencia de nuestros sentidos en su forma más exitante, la voluptuosidad despótica que arrastra las simpatías del hombre.

Psiquis, como su nombre lo indica, es la concepción de lo espiritual, de lo tierno, de lo bello; la delicada poesía en su forma más pura, la atracción voluptuosa de la virtud revestida con el finísimo manto de la belleza, la ilusión de nuestros amores vista detrás de la gasa de la fantasía. Cuando se describe una mujer, que como Psiquis, llena y satisface todas las aspiraciones del alma, no podemos menos que rodearla de esa aura misteriosa con que se nos presentan las bellísimas mujeres de la Biblia.

Pues bien; Amor, el dios que hace crecer en el hombre las más vehementes pasiones, se enamora, aun á despecho de su madre, de la deslumbrante hermosura de Psiquis.

Imaginaos las caricias de ese amor. No le quiteis ninguno de sus detalles. Seguid á Psiquis que en los brazos de zéfiro, tan suaves como la brisa, es conducida á una estancia que solo la imaginación pagana pudo concebir: el ambiente es allí cálido y perfumado, el efecto del conjunto es sorprendente, la luz un continuado crepúsculo; y en medio de esas sombras, que dán aspecto fantástico á las cosas más vulgares, Amor prodiga á Psiquis las tibias caricias de un hombre enamorado, enciende en su alma los más vehementes deseos, que se desbordan en cascada de besos, en medio de los maravillosos espasmos del amor.

Pero viene un día en que la curiosidad de Psiquis logra vencer la única prohibición de su amante:

“No quieras saber quien soy,” hábale dicho el hijo de Venus, comprendiendo que el amor vive siempre del misterio; pero Psiquis, desdenando tan trascendental prohibición, prepara á instancias de sus envidiosas hermanas una lámpara y un puñal, para descubrir aquel sér irresistible que la subyuga y darle muerte en caso que sea el monstruo que el oráculo dijo sería su esposo. Cuando Psiquis siente á su amante dormido entre sus brazos, aún calientes por el último beso que de él recibieron, enciende la lámpara y alumbrá la incomparable hermosura de Cupido.

La sorpresa, la emoción no pudo ser mayor: Imaginaos el abandono voluptuoso de un hombre ardiente que se duerme á las caricias de su amante. Imaginaos la hermosura de un dios enlazada con la hermosura humana, el amor ideal con toda la realidad del amor. ¡Qué sorpresa! Qué anonadamiento produce en nuestros sentidos al solo imaginarlo! En Psiquis, el efecto fue sorprendente: ruborosa, presa de emociones de felicidad y de ardentísimos deseos, con los ojos chispeantes, con los labios lívidos y temblorosos, con los senos palpitantes, sintiendo en su cuerpo el roce de los cabellos del dios, se inclina vehemente para depositar un beso de fuego en los labios entreabiertos de Amor. Una gota ardiente se desprende de la lámpara y cae sobre los hombros del amante.

Cupido huye: el amor había roto sus velos y no puede vivir. Psiquis se queda devorando con la imaginación aquel cuadro sublime y besa las molduras de su lecho en medio de un vertigo sensual que la enloquece. El beso no le transmitió mas que la sensación fría del hierro.

Desde entonces, Psiquis busca las sombras; y es para la imagina-

ción ardorosa del poeta la musa de los divinos misterios.

¡Oh! bellísima fábula! oh! divina creación de la fantasía griega! oh! delicada y perfecta alegoría!

Ella me dice: no alumbréis nunca los delicados misterios del amor, porque el amor vive de las ilusiones y las ilusiones mueren al contacto de la realidad.

BELARMINO U. SUÁREZ.

San Salvador, Septiembre—1895.

### INVERNAL.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Oh! qué frío! La nieve  
menos blanca que tú, cubre la calle.

¿Quién á salir se atreve,  
sin abrigar el talle

Con esas pieles que te envuelven toda?

Así, linda, y cubierta  
desde el cuello á los pies, según es moda,  
mayor miedo por ti se me despierta. . .

Osa blanca del Polo,  
tigre de las fortunas; yo no inmolé  
á ti mi bienestar. Tus hechos crueles  
¿Cómo olvidar por formas tan bizarras?

El mundo no te ve sino las pieles;  
¡yo te veo las garras!

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima.

### PAGINA MÍSTICA

A DOROTEO FONSECA.

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

.....Las notas de un armonio llenaban las anchas y desnudas naves del templo, envolviéndolo en languideces místicas, in-

pregnadas de incienso y mirra. Se respiraba allí un ambiente tibio y perfumado. Cuando callaba el armonio se oía un sordo rumor, como aleteo de mariposas que, al desprenderse del cáliz de las flores se remontan al espacio: era la mariposa-oración desprendida del alma para remontarse al cielo!

Todos los creyentes oraban. Sólo yo, recostado á una pilastra, viéndome como un intruso en aquel templo sagrado, era víctima de una atroz incertidumbre. Todo me inducía á dudar y al mismo tiempo á creer.

Por qué había ido allí? Ni yo mismo lo sabía. Salí de mi casa desesperado. En mi cuarto, en compañía de mis dolores y mis tristezas, creía ahogarme. Necesitaba aire, mucho aire para no asfixiarme y poder lanzar un grito interminable que se llevara mi dolor entre sus alas.

Salí.

Pasé por aquel templo y entré impulsado por una fuerza misteriosa. Lo que al principio fuera incertidumbre, se fue transformando en consuelo. ¿Sería eterno el dolor? Oh no, pensé, el dolor no puede, no debe ser eterno. Para todo hay un límite. Una cima y un abismo. Los que sufren, los que lloran; aquellos cuyos pies manan sangre y aún caminan por la escabrosa senda por donde los conduce la Fe, esos llegarán á la Cima; mientras que los que ríen, los que gozan sin acordarse de las ajenas desgracias; los que burlan el dolor y la inocencia; los limpios del cuerpo y manchados del alma, oh! esos han de perderse para siempre en la sombra!.....

El armonio sollozaba.

Y mientras á mis ojos acudían las lágrimas tanto tiempo contenidas, brotaban de mis labios mis o-

los escritores no llegan á rezarcirse de los gastos de la impresión de sus obras-(esto lo dicen todos; yo de mí se decir, que mis novelas, me produjeron, muy regular fruto.) Pedro Pablo Figueroa, ha logrado crearse una renta, debida á su labor constante, y á su envidiable reputación literaria.

Él es uno de los escritores más fecundos y amenos de cuantos han llevado su caudal literario, á la Literatura Hispano-Americana. Pasa de cuarenta el número de obras, que de la pluma de Figueroa han brotado, con lapsos de tiempo tan cortos en la publicación de una á otra, que se diría que apenas hubiera tenido el tiempo material para escribirlas. Cuéntanse entre esas obras, muchas historias, novelas, diccionarios, monografías, estudios de costumbres, artículos políticos, artísticos, sociológicos y de todo orden en materia literaria.

Y aunque parece cosa estudiada y resuelta, que tan exuberante fecundidad no es dable realizarla, sino con detrimento del brillo del estilo, y la solidez y profundidad del pensamiento, Figueroa ha salvado airoosamente esos escollos, y si bien se deja adivinar que sus trabajos no son la obra artística elaborada lenta y pacientemente, la amenidad, la alteza de las apreciaciones y la rectitud del criterio, vienen á reemplazar ventajosamente esas otras condiciones.

Preciso es conformarnos con ciertas deficiencias de que adolecen los escritores, y pensar que, al hombre de idea, no le es dable volar como la golondrina y, á la vez, construir como la hormiga.

Figueroa ha escrito todas sus obras, como se dice vulgarmente, *á vapor*; y en tanto que va escribiendo un libro, á la vez va preparando los materiales para el próximo.

Baste decir, en comprobación de esa vertiginosa rapidez con que

forja sus libros, que su Diccionario Biográfico general de Chile lo escribió en *siete meses!*... Siete meses para dar cima á una obra de estudio, de meditación, en un país en que como en todas estas Repúblicas, se carece de precedentes literarios y verdaderos, lo cual implica doble trabajo, inmenso afán para formar una estadística intelectual de ese calibre!

Obras de esas proporciones, son el resultado de la colaboración de un grupo, y basta reconocer que Figueroa echó sobre sus hombros la tarea de una legión, para que dicho se esté que debemos juzgar sus esfuerzos con la más holgada equidad.

No obstante esto, el Diccionario Biográfico es hoy una autorizada fuente de información literaria, acerca de los escritores y las obras que forman el caudal literario de su patria.

Hay en la vida de Figueroa una faz sumamente simpática, y es su adhesión constante, abnegada, vehemente, al partido liberal; al liberalismo de buena ley, al que se coloca en la brecha, para recibir los fuegos y resistir al enemigo, á cuerpo descubierto.

Su vida constituye el galardón del hombre abnegado, que forma de su credo un sacerdocio, inmolando en sus altares toda aspiración egoísta ó especuladora. Esto es corona de gloria, cuando como Figueroa, se carece de bienes de fortuna, y es fuerza usufructuar el sustento de una familia, de la pluma del periodista y del literato.

En el desbordamiento popular de 1891, cuando las casas y propiedades de los liberales eran arrasadas, saqueadas é incendiadas, tocóle á Figueroa ser una de las víctimas; allí el literato vio consumidos por las llamas manuscritos importantes, documentos históricos,

y una rica biblioteca objeto de todo su cariño; y el padre de familia, el padre cariñoso, vio á sus hijos sin hogar y sin abrigo en los momentos en que el porvenir se entenebrece para él y los suyos!

En *Las Campanas* que es uno de los libros mas notables de la serie publicada por Figueroa ha escrito con colorido hugoniano de *El Año Terrible*, aquellos días legendarios para su patria, y de los que él fue una de las víctimas propiciatorias.

Su labor en calidad de propagandista, de crítico, de historiador, y defensor de los fueros populares, es inmensa, magnífica y meritoria.

La instrucción popular, la difusión de ideas fraternales, todos los ideales modernos le deben páginas elocuentes y sentidas en las que vibra su espíritu de propaganda y liberalismo.

Casi no hay un escritor ni un poeta en nuestra América, que no haya encontrado en la pluma de Figueroa, un aplauso, una palabra de aliento, un rasgo biográfico, escrito todo, con ese su estilo trasparente al hombre sincero, franco generoso, exento de emulaciones y pesimismo intransigentes.

Pedro Pablo Figueroa se halla hoy en la plenitud de la vida, y los que miramos á esta América con la idea fraternal de una sola nacionalidad, dentro de la cual, los que la rompen y traicionan resultan pequeños, y los que la respetan y aman, resultan los buenos—nos regocijamos al presentir que el escritor chileno, enriquecerá las Letras americanas, con nuevas obras de su viril y potente cerebro.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

Lima—1895.

## BIBLIOGRAFÍA.

### CARTA LITERARIA

San Salvador, 28 de mayo de 1891.

Señor don Carlos A. Imendia

Sonsonate

Mi querido Carlos:

Devuélvome, bien que á todo mi pesar, la colección de tus preciosas *Lugareñas*.

Su lectura, á la vez que me ha proporcionado horas gratisimas de poéticas contemplaciones, me ha confirmado más y más el alto concepto que de tu personalidad literaria venía formándome desde que diversas hojas periódicas empezaron á hacer públicas las inspiraciones de tu joven y prometedor Musa.

Objeto de minucioso examen sería para mí el conjunto de esas producciones, si las bellezas en que tanto abundan no se evidenciaran por su propia virtud á los ojos de los verdaderos amantes de la Poesía, ó si á los nobles sentimientos que respiran no correspondiesen también los de todo corazón tierno, bien formado y dispuesto á esas sensaciones puras, á esos afectos delicadísimos que el poeta procura infundirle y alimentarle siempre. Y á la verdad, que si por la *expresión* que esas páginas llevan, aun el juicio más suspicaz tiene que reconocerles con elogio las muchas bellezas literarias que contienen, por la *impresión* que á la vez dejan, el corazón no puede menos que sentirse íntimamente interesado, viendo traducidas, en lenguaje tan tierno como expresivo, palpitaciones análogas á las propias, emociones más ó menos semejantes á las que él también experimenta: esperanzas ó desengaños, impulsos ó abatimientos, goces ó tris-

tezas, en fin, que si ha callado á las veces, no ha podido ni puede nunca dejar de sentir, entre las múltiples y diversas circunstancias de la vida, que, ya de un modo, ya de otro, afectan de continuo la humana sensibilidad.

Reflejos, pues, de una buena inteligencia en poética armonía con las impresiones de un excelente corazón,—esos versos, al recorrer el mundo literario, serán muy bien acogidos por todos aquellos que, apreciando debidamente el mérito, de cualquier modo que éste se manifieste, no se dejen dominar de ese fatal espíritu de egoísmo, tan común por desgracia en nuestro país, donde á menudo tachamos de malo lo que no podemos mejorar y ni siquiera comprender.

Tales son mis ideas y sentimientos con relación á tus bellas *Lugarreñas*;—por cuyo éxito hace fervientes votos y te anticipa los más sinceros parabienes, tu amigo y compañero,

DOROTEO FONSECA.

## PÁGINAS

UN VOLUMEN DE 230 PAG. EN 8º, POR ALBERTO M. SFERRER.—SAN SALVADOR, IMPRENTA NACIONAL.—1895.

Acaba de publicarse la segunda edición de este libro, el cual aparece aumentado notablemente con nuevas producciones, inéditas en su mayor parte. Decir que el libro es precioso y que honra á las letras nacionales, es repetir una cosa que está en la conciencia del público lector que sabe de apreciar las buenas obras literarias: en el caso basta enunciar el nombre del autor para que se suponga desde luego que se trata de algo que merece ser leído. Masferrer ha sido ya debidamente juzgado y goza de reputación en-

vidiable como escritor ameritadísimo. La frase concisa, que es oro puro, el buen gusto, la nitidez y la galanura del lenguaje en que el libro está escrito, están garantizando la verdad y la justicia del juicio anterior, que bien merecido lo tiene quien ha dedicado su juventud al servicio del arte y al de la noble causa de los oprimidos.

Los amantes de la prosa sonora y valiente que ostenta, á la par, solidez, profundidad y fuerza, tienen ancho campo para solazarse en esas *Páginas* vigorosas, escritas con la bizarría de una alma joven y enérgica, con la buena fe acrisolada de un espíritu sincero y la gracia cautivante de uno que conoce el idioma y sabe emplearlo noblemente. Hay en ellas alteza de miras, ardimiento por las causas buenas, sensatez y profundidad de criterio, y, en suma, todo el libro está indicando que en cada una de sus partes han precedido estudios concienzudos, grande acopio de reflexión y un caudal de experiencia que es raro en un joven de veinticinco años.

Se nota, sin embargo, á través de ellas, cierto amargo excepticismo, una tristeza infinita, un dolor reconcentrado; algo, en fin, que revela una enfermedad en el alma. La impresión que se recibe al leerlas es de desaliento y pena, aun en medio del vigor y ardimiento que el autor aparenta. En el fondo, es verdad, no hay nada malo; por el contrario, se encuentran á cada paso, en cada línea, enseñanzas provechosas, reflexiones, oportunas y mucho conocimiento de las verdades que enseña la sana filosofía. Mas no obstante estas buenas condiciones, los síntomas que creo advertir le están señalando como á un enfermo que padece dolencias incurables ó que por lo menos parece llevar en germen una enfermedad esterilizadora y terrible.

En efecto, el pesimismo es la nota predominante en el libro de Masferrer. Esa tristeza y esa amargura, ese dolor reconcentrado que se advierten en todo lo que ha escrito, denuncian en él un estado de alma excepcional, en el cual han debido ejercer grande influencia su frimientos morales no interrumpidos y algo del ensimismamiento en que caen los espíritus abatidos y melancólicos. Temperamento nervioso e impresionable, hanle conmovido profundamente y con grande intensidad los fenómenos sensitivos, bien así como se conmueve á la más leve vibración un arpa de cuerdas delicadas y sutiles, ó como en la tersa superficie líquida de una fuente se forman ondas concéntricas al arrojar en ella un proyectil: de esta manera, lo que para otros no sobrepasa el nivel de lo común, á él se le presenta bajo forma diferente, adquiriendo mayor extensión y significación de las que en sí tiene y agrandándose como á través de un cristal de aumento.

En todo cuanto piensa y siente, reina la desilusión. Ved, sino, lo que dice: "Tengo hecha la conquista de la verdad; soy infalible. Que todo árbol tiene en el fondo la carcoma; que toda flor es palacio de asqueroso insecto; que toda alma es un drama; que todo corazón abriga un reptil; que el hombre es falso y la mujer débil; he ahí mi ciencia. Mi mano ha revuelto el inmenso lodazal, y ha encontrado ésto: la mentira. Traedme á la criatura incaible. ¿Dónde está?" Es esta una revelación, que confirma el temor de que hablé arriba y que acusa un síntoma alarmante. Yo me he preguntado: ¿por qué caminos habrá andado su alma, que así ha llegado á tan amargas conclusiones? Preciso es haber sufrido mucho ó haber contemplado muy de cerca las miserias humanas, para formarse un

juicio tan extremado, que en todo caso no es verdadero, porque no todo en la vida es negro y sombrío, ni todo árbol tiene en su fondo la carcoma, ni todo corazón abriga un reptil, ni todos los hombres son falsos y malos. Admitimos que, como seres contingentes y fallibles, estamos expuestos á caer; pero no admitimos la maldad como un estado natural en el individuo, porque eso nos conduciría á aceptar las desconsoladoras teorías de Hobbes, que en nuestros tiempos son inaceptables. Los sentimientos, como las pasiones, como las ideas, están bajo el imperio de las leyes evolutivas, y aun los instintos, que de suyo escapan al dominio absoluto de la razón, son susceptibles de ser regidos por esas mismas leyes. Es cierto que la fiera no deja de ser fiera, aunque se la eduque; pero al fin y á la postre, con la educación se le aleja un tanto de su estado natural y se le obliga á obedecer pacientemente á la voluntad del "rey" de la creación. En el hombre los instintos están subordinados á la inteligencia, y puede ésta, bien dirigida y educada, modificar, si no nulificar, la influencia de aquéllos. Dedúcese de estas razones que la perfección es factible en el hombre, y que por malo que éste sea, se puede morigerar sus costumbres hasta un grado que no es dable prever, con tal de que los procedimientos empleados para educarlo sean adecuados á su naturaleza.

En esto de juzgar á los hombres hay que tomar en cuenta las circunstancias sociales en que viven para descartar en lo posible de su buena ó mala conducta la parte que le toca al medio ambiente. Además, los modos de apreciar las cosas difieren tanto cuantas son las facies de la cultura intelectual y moral de los individuos: así, lo que para unos es una aberración, para

otros tiene el carácter de verdad indiscutible; lo que para estos constituye un acto digno de alabanza, para aquellos es una cosa vituperable é indigna. En este caso, el deber del filósofo es colocarse en lugar eminente para juzgar con libertad de criterio y restablecer la verdad, sin dejarse influenciar por las circunstancias que le rodeen.

A este propósito creo no andar muy lejos afirmando que Masferrer se deja llevar con frecuencia de las impresiones del momento. Para él dejan de existir la impasibilidad del filósofo, la serenidad y la calma que debe presidir en las situaciones críticas de la vida, desde el instante en que se siente herido por una injusticia ó por lo que él juzga como tal. Así le vemos siendo siempre víctima de su propensión á imprimir tintes sombríos á los sucesos menos complicados, aun á aquellos que por su sencillez y naturalidad pasan como cosas corrientes y que al día siguiente pueden cambiar su condicionalidad característica, apareciendo como bueno y justo lo que ayer era juzgado como malo.

En corroboración de las líneas anteriores no tengo más que copiar lo que él mismo afirma, contradiciéndose á sí propio en cierto modo: "En moral, dice, aun no se ha hecho nada. ¿En qué cantidad es buena ó mala una acción, según las diferentes circunstancias? Para nosotros, contingentes, falibles, puede ser norma la intención; para Dios no puede ser lo mismo. ¿Por ventura será bueno lo que nosotros juzgamos malo, y malo lo que juzgamos bueno?... Estamos en plena incertidumbre. El juicio, pues, y también la sentencia, deben ser moderados. De otro modo, la justicia puede quedar lesionada por el orgullo."

\*\*\*

Su patriotismo delirante le hace

á veces concebir ideas desfavorables acerca de la posible regeneración del pueblo, sin tomar en cuenta la inestabilidad de las cosas y la lenta evolución de las ideas; y la lenta evolución de las ideas; y pensar en las tormentosas y difíciles transformaciones que fatalmente tienen que sufrir los pueblos nuevos y en las naturales crisis porque atraviesan en su peregrinación histórica.

\*\*\*

Masferrer es tan vario y complejo en su manera de pensar, que á veces se imposibilita clasificarlo en sus ideas. Puede decirse que es idealista, espiritualista, socialista; pero, antes que todo, que es excéptico. Esta extraña amalgama no le hace, sin embargo, ininteligible; por el contrario, su eclecticismo, si puede tenerse como tal, se conforma muy bien con el espíritu de la época y sus tendencias aparecen bien claras y definidas.

\*\*\*

El es todo inteligencia; pero, más que inteligencia, es todo corazón. De ahí sus apasionamientos, sus obcecaciones, sus tempestuosos desbordes, sus nerviosidades de espíritu inquieto que padece sed de justicia, que él, apóstol ardiente, predica con elocuencia soberbia y magnífica. Su ardimiento llévale muchas veces á la exasperación, á la impaciencia, y, lo que es más grave aún, á la blasfemia; pero su corazón siempre honrado se subleva contra el mal, contra los instintos depravados de la sociedad, á la que fustiga con frase severa y candente por sus debilidades, sus flaquezas y sus vicios. Odia á los tiranos hasta desearles la muerte, y quisiera para ellos la excomunión de los hombres honrados; el aislamiento completo, como leprosos inmun-

dos; la execración de la humanidad, como seres malditos. Según él, con los tiranos no debe haber paz ni tregua, ni transacciones ni complacencias: el que asiste á una fiesta que ellos dan, es cómplice; el que compra un periódico en que se les ensalza, cómplice; el comerciante que anuncia en ese mismo periódico, cómplice también; de modo que, siguiendo esta gradación lógica y sencilla, llega á ser cómplice hasta el palafrenero que cuida de los caballos de los déspotas. De todo esto se deduce que el esfuerzo individual debe propender á alejar de la república á esos seres pesifilentes, como lo aconseja la profilaxia social, á fin de preservar la salud de los pueblos y encaminarlos á la verdadera libertad. Los tiranos son criminales y están, por lo tanto, fuera de la ley. Además, según Masferrer, "todo criminal, desde el momento en que ejecuta el crimen, está corriendo tras el castigo, porque en el encadenamiento misterioso y fatal de las cosas, el más pequeño eslabón ejerce su influencia, insignificante al parecer, pero trascendental en el fondo," en lo cual no se aparta un ápice de la verdad, pues quien siembra odios, cosecha odios como fruto de maldición, y el que traiciona, se da él mismo la muerte, porque su misma traición le envuelve como en un sudario y le ahoga.

Se ve, pues, que la obra de Masferrer, aunque exagerada en más de un concepto, se encamina á un fin noble, cual es el de levantar el espíritu postrado de nuestro pueblo; el de infundirle, por medio de la palabra que incendia y enardece, el santo amor á la libertad, el culto á la justicia, el odio al mal bajo todas sus formas. Con espíritu ingenuo y desprendido desea el bien para su pueblo, y en este caso su

palabra es de oro y debe ser escuchado.

Aparte de esto, el libro todo es una enseñanza: el letrado como el indocto encontrarán algo para su espíritu; el uno esparcimiento y útil lectura, en que puede seguir paso á paso las peripecias y aventuras de un alma; el otro, simiente provechosa para su corazón y su mente, por las máximas saludables que contiene.

\* \* \*

Tal me parece la obra de Masferrer considerada en su aspecto político, moral y social. Réstame hacer algunas apreciaciones más tocante á la parte puramente literaria, que es, si se quiere, donde mejor puede apreciarse la bondad del libro.

Lo primero que llama la atención es el estilo, que se desborda como una cascada de armonías y seduce por su frescura, gentileza y donaire: la musa de la juventud, que ahí aparece revestida de una gravedad precoz y que se da humos de persona seria agobiada por los desengaños, preside con su genial donosura el concierto de las palabras y da la nota ingenua, franca y amable, reveladora inconsciente de un espíritu recto, no maleado por la falsía ni contaminado por el ambiente corruptor del siglo, aunque vacilante é irresoluto, quizá por haber saboreado muy temprano, al despertar á la vida de las pasiones y de las luchas del corazón, los amargos frutos de la duda.

Hay quienes tachan á Masferrer el prurito de imitar á Montalvo, despojando en cierto modo á su obra de toda originalidad en materia de estilo: en efecto, creo que tendrían razón, si hubiéramos de juzgar solamente por la forma; pero si nos atenemos á la parte individual, es



decir, al contingente del espíritu, á la manera propia de ver y sentir las cosas, encontraremos que Masferrer no ha hecho más que amoldar su pensamiento á un estilo que responde á su temperamento artístico, nervioso, impetuoso y ardiente como el de Montalvo y, como el de éste, enemigo de encerrarse en la estrechez de las reglas, que quitan al espíritu su libertad y acaban por empequeñecerle. Su estilo es de él, y es personalísimo hasta lo sumo, pues su misma conversación, sus movimientos, sus gestos, todas sus maneras, están retratados ahí de tal suerte, que al leerlo puede el que no le conozca de cerca tener idea completa de lo que es el Masferrer de la intimidad. Creo, pues, y en ello no ando equivocado, que no estriba en su estilo el defecto capital de la obra.

Otro aspecto interesante es el del *cuentista*, que despunta de manera notabilísima en las dos preciosas joyas de este género, tituladas *Niñerías* y *Mandu yo ó no mandu?*, en las cuales derrocha la gracia fina que hace sonreír discretamente, y reproduce con un colorido y naturalidad perfectas, escenas nacionales. Los dos cuentos aludidos son una linda muestra de un filón aun no explotado entre nosotros y del cual Masferrer podría sacar un gran partido.

En suma, el libro merece aplausos y es digno de ser leído. Los lectores dirán si tengo razón ó no.

PAUL DE GÉRY.

---

## NOTAS.

---

### Novelistas franceses contemporáneos.

La literatura francesa aventaja en riqueza á las de todas las

demás naciones. Ciertamente es que jamás ha producido un Homero, un Shakespeare ó un Dante; pero Rabelais y Molière han engendrado una posteridad de escritores cuyas narraciones y comedias son las más deliciosas del mundo é incomparables así por la cultura de su estilo literario como por la gracia de su factura.

La historia de la moderna novela francesa empezó con los albores del presente siglo, si bien durante el anterior no faltaron afortunadas tentativas en este género literario por Le Sage, Maribaux, Voltaire, el Abate Prévost, Diderot y Rousseau. No fue, sin embargo, sino cuando Sir Walter Scott, ese "inventor," por decirlo así, de la moderna novela, hubo realizado sus grandes triunfos en Inglaterra, que empezaron á ocuparse de ella seriamente en Francia. Entonces, en menos de diez años, levantóse allí un grupo de novelistas tales como Víctor Hugo, Théophile Gautier, Alejandro Dumas, Eugenio Sue, Próspero Mérimée, Honoré de Balzac, Jules Sandeau, Georges Sand, Paul de Kock y Charles de Bernard, pléyade sin paralelo en la historia de la literatura.

Treinta años más tarde surgió una nueva generación: Murger, About, Feuillet, Flaubert, Gaboriau y Erckmann-Chatrian, ya muertos todos.

Los principales novelistas franceses contemporáneos se manifiestan fieles á los principios proclamados por Balzac y Flaubert, y parecen desplegar todos sus esfuerzos para sobrepasar á sus predecesores en una devoción inquebrantable al realismo y al análisis psicológico. Entre éstos descuellan Emilio Zola, Alfonso Daudet y Pablo Bourget.

Emilio Zola, cuyas obras son quizás más conocidas que las de ningún otro escritor francés, nació en París en 1840. Su padre, Francis-

co Zola, era ingeniero de origen italiano, y fue constructor del Canal de Zola en Aix (Provenza). El novelista pasó su juventud en el Mediodía, pero más tarde se trasladó á París, y recibió su educación en el Liceo St. Louis. A los diez y ocho años obtuvo una plaza de dependiente en la célebre casa editorial de Hachette. Todo el tiempo de que podía disponer allí lo consagraba á trabajos literarios, y mientras tanto aspiraba á asegurarse un puesto en el periodismo. Escribía á menudo para el *Événement*, y en este periódico defendió al pintor Eduardo Manet, cuyos fantásticos cuadros habían sido rechazados por el jurado del Salón. La defensa de Manet preparó el camino para su justificación del atrevido realismo que había de valerle tan importante rango en las letras.

Aunque activamente consagrado al periodismo, fue como novelista que primero se dió á conocer Zola. Después de varios ensayos iniciales, una colección de cuentos titulados "Contes á Ninón," publicada en 1864, fue bien acogida. Seguidamente dió á luz una novela psicológica, "La Confesión de Claude," (1865), que revelaba la tendencia realista del autor. Luego apareció "Thérèse Raquin" (1867,) poderosa pintura de las agonías y alucinaciones del remordimiento, y "Madeleine Féral" (1868,) un estudio de la influencia hereditaria.

Convencido de sus propias fuerzas, Zola entonces acometió una tarea colosal, basada en el plan de la Comedia Humana de Balzac. Inició una série de novelas, enlazadas entre sí, con la reaparición de los mismos caracteres, bajo el título general de "Los Rougon-Macquarts. Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio." Esta idea implicaba una labor de más de veinte años.

Uno de los primeros volúmenes fue "La Curée," descripción de los excesos de la *high life* parisien-se, desde 1860 á 1870, cuya venta fue prohibida por el gobierno. Luego, tras varias obras menos notables, aparecieron "L' Assommoir," una de las novelas de Zola que más éxito ha alcanzado, y quizá su obra maestra; "Nana", que fue extensamente anunciada como sobrepujando en audacia á cuanto hasta entonces había escrito el autor; "Pot Bouille," fantástico estudio de las costumbres de la clase media francesa; "Germinal," magistral pintura de las miserias del proletariado; "La Terre," en que se pinta con el más grosero realismo la vida del campesino francés; "Le Rêve," que por su idílica gracia contrasta con casi todas las precedentes obras; "La Bête Humaine," estudio de la vida en los ferrocarriles; "L' Argent," historia de los escándalos financieros del Segundo Imperio; "La Débâcle," soberbio cuadro de la guerra franco-alemana, y finalmente. "Dr. Pascal," con la cual termina la serie.

La última novela de Zola, "Lourdes," es una maravillosa descripción de la romería anual á la gruta milagrosa de Bernadette, y tiene actualmente entre manos otro libro en que se propone hacer la pintura moral de "Roma." Después vendrá una obra sobre "París."

No obstante su éxito fenomenal, Zola no es muy rico. La riqueza no le preocupa, y gasta todo lo que gana. Tiene, sin embargo, un magnífico apartamento en París, y un "chateau" en Medan, decorado y amueblado al estilo de la edad media, y construido, pieza por pieza, con el producto de sus novelas. Sus entradas no pasan de cien mil francos anuales. Véndense ochenta mil ejemplares de sus novelas anualmente, que le reportan doce

sueños por cada ejemplar, produciéndole otro tanto sus derechos en el extranjero.

La gran ambición de Zola es ser miembro de la Academia francesa. Se ha presentado como candidato infinidad de veces, siendo siempre rechazado. Declara que seguirá presentándose cada vez que ocurra alguna vacante hasta que salga electo ó se muera. Protesta que no lo hace por terquedad, sino porque cree que mientras haya Academia, su labor literaria le da derecho á formar parte de ella.

Otro insigne novelista francés que jamás vestirá la casaca verde y sombrero de tres picos del académico, es Alfonso Daudet, cuyos primeros laureles fueron ganados en las tablas. De los trabajos dramáticos y periodísticos, pasó á los del novelador en que se hizo célebre con "Fromont Jeune et Risler Ainé," novela laureada por la Academia francesa en 1875. Una fantástica narración titulada "Les Aventures de Tartarin de Tarascon," no llamó la atención al principio, pero llegó á ser después la más afamada de sus obras. De sus libros posteriores los más notables son "Les Rois en Exil" (1879); "Numa Roumestan" (1880); "Sapho" (1884), estudio de costumbres parisienses y una de sus mejores novelas; y "L' Inmortel" (1888), una sátira enderezada contra la Academia.

Alfonso Daudet y Emilio Zola, son indudablemente los dos más grandes novelistas franceses del presente siglo. Zola quizá sea el más vigoroso, pero Daudet le aventaja no sólo en elegancia y cultura de estilo, sino en la posesión de una vena poética de que carece completamente Zola.

Pablo Bourget es el más joven de los principales escritores de la nueva escuela y uno de los novelistas franceses que más éxito han alcanzado. Ha llevado más lejos

que ninguno de sus predecesores ó contemporáneos la idea del análisis psicológico en la novela, y ha convertido en ciencia el estudio del corazón y las pasiones humanas.

"Mensonges" (Mentiras), sin disputa su obra maestra, es un estudio magistral de costumbres parisienses. Algunos de sus caracteres son delineados tan bien como lo mejor que puede encontrarse en las ficciones francesas. El infortunado *Claude Larcher*, que entra en la vida con tantas ilusiones, para ser tan cruelmente desengañado, supónese generalmente que es el mismo Bourget. "Cruelle enigme" y "Cosmopolis" son quizá las más notables de sus otras novelas.

Una de las más célebres novelas francesas de este siglo es "La Dame aux Camélias," la cual ha alcanzado no menos éxito como drama. Su autor, Alejandro Dumas, hijo, hoy pasa de los setenta, pero continúa siendo una de las más importantes y activas figuras del París literario. De joven, Dumas nunca manifestó mayor predilección por la literatura romántica que cultivaba su padre, y enderezó sus pasos por otros derroteros. El viejo Dumas se resistió por mucho tiempo á creer que su hijo llegase nunca á ser escritor. Cuéntase que cuando oyó leer "La Dama de las Camélias," se le saltaron las lágrimas y declaró que el autor de esta obra habría de eclipsar á su padre: profecía que llegó á cumplirse. En efecto: Dumas, *hijo*, está dotado de un espíritu de observación más perspicaz y profundo y es además mejor estilista que el autor de "Monte Cristo."

Hará cuatro ó cinco años todo París se ocupaba de "Madame Chrysanthème" y de su autor, el joven marino Pierre Loti. Su nombre no suena tanto actualmente, pero ha conseguido abrirse las puertas de la Academia, y muchos

de sus libros están llamados á ocupar puesto permanente en la literatura francesa, pues sobresalen por su viril originalidad y una elegancia de estilo incomparable.

"Pierre Loti" es el pseudónimo de Louis Marie Julien Viaud, oficial del ejército francés. Nacido en Rochefort, de una antigua familia protestante, ingresó á la Marina á los diez y siete años, y ha servido á su patria en los puntos más apartados del mundo. Durante la campaña del Tonquín una imprudencia periodística llegó á comprometer el porvenir del marino. Envió al *Figaro* de París una correspondencia en que se denunciaba la crueldad de los soldados franceses en la toma de Hué, por cuya indisciplina lo declararon en situación de reemplazo. Fue repuesto, sin embargo, al cabo del año. Su pseudónimo literario proviene de un apodo que le dieran sus condiscípulos. Cuando muchacho era en extremo tímido, y sus camaradas, en son de burla, le llamaban "Loti," nombre de una florecilla de la India, que se esconde en la yerba. Con este pseudónimo entró en la Academia á ocupar la butaca que dejara vacante la muerte de Octave Feuillet.

Catulle Mendés, á quien se ha llamado "el hombre más inmodesto de París," nació en Burdeos, de padres portugueses, hace unos cincuenta años. Muy joven aún, se marchó á París, y apenas frizaba en los diez y siete cuando fundó un periódico titulado *La Revue Fantaisiste*. El primer número contenía unos versos suyos que armaron un gran escándalo y por los cuales se le impuso una multa, yendo además á parar en la cárcel. Esta hazaña bastó para convertirle en celebridad, y en el acto entró á figurar como miembro prominente de los parnasianos, grupo de poetas consagrados á los principios li-

terarios de Théophile Gautier y Charles Baudelaire—es decir, la poesía cultivada como arte.

Sus libros más conocidos son "Le Roi Vierge," "Zo'har," "La Première Maitresse," "La Femme Enfant," "La Grande Maguet" y "La Maison de la Vieille," siendo éste el último y quizás el mejor de todos. También ha escrito gran número de cuentos cortos, publicados en los periódicos de París, y varias comedias. La mayor parte de sus obras son intraducibles y de muchas hasta indescriptibles los orgumentos; pero la reputación literaria de este autor no estriba en su erotismo. Catulle Mendés es delicioso *romancista* y verdadero poeta lírico, y el encanto y elegancia literaria de sus páginas, compensa con creces lo licencioso de sus cuentos.

Armand Silvestre es otro versátil autor francés de la escuela de Rabelais. A más de buen número de novelas, ha publicado varios tomos de poesías, y es infatigable hilvanador de cuentecillos picarescos para los periódicos parisienses. También ha escrito muchas comedias y algunas óperas afortunadas. Hará tres años fué nombrado inspector de Bellas Artes.

François Coppée, el poeta laureado de Francia, ha escrito no sólo gran cantidad de exquisitos poemas, sino varios cuentos excelentes y muchas obras dramáticas, entre éstas "Le Passant," piececita en un acto cuya ejecución reveló por primera vez el genio de Sarah Bernhardt.

En la relación de novelistas franceses no debe faltar la Condesa de Martel, que escribe bajo el pseudónimo de "Gyp." Su nombre de familia es Mirabeau, pues es descendiente en línea recta del célebre estadista y orador. A una casualidad debió ella su estreno literario. Hizo la descripción de u-

na partida de caza á que habia asistido y envió el manuscrito sin firma á la *Vie Parisienne*. Al Director le gustó, no tardó en averiguar quién era "Gyp" y le suplicó continuase colaborando en su periódico. Poco después escribió la Condesa "Petit Bob," historia de un niño absurdamente precoz, que entretuvo á Paris durante algunos meses

Mme. Adam (Juliette Lamber) es directora de la *Nouvelle Revue*, una de las más importantes revistas literarias y políticas del mundo, cada uno de cuyos números contiene un artículo político, escrito por ella. Es periodista de grandes recursos y de estilo terso y vigoroso. También ha escrito varias novelas en las que se pintan los sentimientos más nobles del corazón humano.

Nos falta espacio para ocuparnos detenidamente de todos los demás novelistas franceces contemporáneos que gozan de popularidad, por lo que nos limitaremos á mencionar los nombres de Georges Ohnet, Julio Verne, Camilo Flammarion, "Max O'Rell" (Paul Blouet), André Theuriet, Marcel Prévost, Ludovic Halevy, Henri Lavédau, Jules Charetie, Daniel Lesueur y Jean Richepin.

---

### MISCELANEA.

---

DAMOS las más expresivas gracias á la notable escritora sudamericana doña Mercedes Cabello de Carbonera, por el valiente juicio crítico, que sobre don Pedro Pablo Figueroa se ha servido enviarnos para su publicación, y el cual podrán ver nuestros lectores en el presente número.

TARACCA es el título del último libro de nuestro conocido escritor

Salvador J. Carazo. En el próximo número nos ocuparemos de este libro, que es otro laurel arrancado á la gloria por el amigo Carazo y un nuevo timbre de orgullo para las letras patrias.

**CUENTOS Y FANTASÍAS.**—Con este título acaba de publicar el joven escritor modernista don Arturo A. Ambrogi, un bello libro, en el cual ha recopilado sus últimas producciones, llenas de toda la frescura y brillantez que caracteriza á todo lo que escribe.

La nueva obra del laborioso é infatigable señor Ambrogi es un timbre de honra para las letras nacionales, á la vez que un motivo para que se le tribute toda clase de alabanzas, que las tiene bien merecidas por su talento, su incesante trabajo y su rara fecundidad.

**NOTAS Y ESTUDIOS.**—Pronto saldrá de los talleres de la Imprenta Nacional esta obra de Enrique Gómez Carrillo, conteniendo estudios críticos y semblanzas de escritores extranjeros, con minuciosas observaciones acerca de las escuelas literarias dominantes en Europa. Indudablemente la obra es prometedora de algo bueno y selecto, como todo lo que sale de la pluma brillante de este joven escritor centro-americano, actualmente una legítima gloria de nuestra patria, y desde luego no vacilamos en recomendarla á nuestros lectores.

Tenemos entendido que la mayor parte de los estudios que aparecerán en dicho volumen, han sido publicados ya, y que muchos de ellos forman parte de algunas de las obras ya publicadas por el mismo autor, de suerte que este libro viene á ser propiamente una antología de sus mejores producciones.